

● ● ●  
miscelánea

# EL LIBRO DE LAS DESPEDIDAS

ANNE WIAZEMSKY

Ganadora del *Prix de l'Académie française*

■ TRADUCCIÓN DE ANA HERRERA ■



ANNE WIAZEMSKY

EL LIBRO  
DE LAS  
DESPEDIDAS

Traducción de  
Ana Herrera

*m...*  
*miscelánea*

Título original:  
*Aux quatre coins du monde*

© Éditions Gallimard, 1998

Primera edición: abril de 2011

© de la traducción: Ana Herrera

© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S. L.  
Marquès de l'Argentera, 17, Pral.  
08003 Barcelona  
[www.miscelaneaeditores.com](http://www.miscelaneaeditores.com)  
[info@miscelaneaeditores.com](mailto:info@miscelaneaeditores.com)

Impreso por Brosmac, S. L.  
Carretera Villaviciosa - Móstoles, km 1  
Villaviciosa de Odón (Madrid)

ISBN: 978-84-937228-8-3  
Depósito legal: M. 8.824-2011

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

Para Henri de Maublanc



YALTA



## DIARIO DE TATIANA

*10 de abril de 1919*

Mañana nos vamos de Rusia en un barco inglés. Esta partida me oprime el corazón. ¿Qué será de todos nosotros? Los adultos ponen buena cara, a pesar de su tristeza. Salvo la tía Xénia, que no oculta su alivio (hace casi dos años que quiere abandonar Rusia con sus hijos. Recuerdo que antes nadie la tomaba en serio). La tía Olga, como de costumbre, lo supervisa todo, incluido el contenido de mi equipaje. Si no fuera la madre de mi querida Daphné, yo me atrevería a decir que me exaspera. Mi hermana Nathalie está ahora no sé dónde con Bichette, que huye hacia el Cáucaso. Estos últimos días, Nathalie parecía más distante que de costumbre. Había puesto otra vez lo que llamamos entre nosotros su «cara de piedra». ¡Me gustaría tanto que mi hermana fuese feliz de nuevo! ¿Qué le reservará su nueva vida? ¿Y la mía? Dentro de dos días cumpliré los trece años. ¿Se celebran los cumpleaños en los barcos ingleses?

Carta de Nathalie Belgorodsky a sus padres

*10 de abril de 1919*

Querida mamá, querido papá:

Os escribo estas palabras la víspera de la partida, con la esperanza un poco absurda de que os lleguen. Pero querría que supierais hasta qué punto mis últimos pensamientos en Rusia son para vosotros, para mis hermanas y mi hermanito pequeño. Seguir a mi familia política al exilio me parece la elección menos dolorosa, ya que no me decido a separarme de aquellos que mejor conocieron a mi adorado Adichka. También sería muy cruel para mi suegra: me necesita, igual que yo la necesito a ella. Gracias por haberlo comprendido tan bien y por confiarme la custodia de Tatiana, tan viva y encantadora, y que tanto se te parece, mamá. Que Dios os proteja y nos reúna a todos un día, pronto. Tatiana y yo os enviamos todo nuestro amor.

NATHALIE

Carta de Olga Voronsky a Léonid Voronsky

*10 de abril de 1919*

**M**i querido esposo, mi Léonid:

Si algunas de mis cartas te llegan y algunas de las tuyas han sabido encontrarme en Yalta, me atrevo a esperar que ésta también lo haga. Se la confío al primo de nuestros vecinos, que cuenta con llegar a Lituania, donde tú te encuentras, por medios azarosos. Pues bien, lo que temíamos todos desde hace algunos días ha llegado ya, partimos mañana, bajo la protección de la flota inglesa, hacia Constantinopla, ya que, como preveíamos desde principios de mes, los rojos están a las puertas. El comandante de la flota inglesa fue el que previno a la emperatriz viuda de la inminencia de su llegada, y puso a su disposición y a la de su familia un crucero. Pero con la grandeza de alma y el valor que la caracterizan, ha exigido que la protección británica se extienda a todos los rusos candidatos al exilio, más de un millar de personas, se dice. Hemos tenido cuarenta y ocho horas para preparar el equipaje: no más de dos baúles por familia, como exige el reglamento draconiano de la flota inglesa. Seremos muchos los que partiremos mañana. Aunque el grueso del embarque tendrá lugar en Yalta, nosotros embarcaremos en el pequeño puertecito que el bisabuelo de Xénia hizo construir a dos

kilómetros del palacio de Baïtovo. Espero que estemos más seguros allí que en Yalta, o en las carreteras. ¡La situación política se ha invertido en muy poco tiempo! No lo habría creído posible hace solamente un mes, ni a unas cuantas horas de la partida siquiera, ¡todavía no me lo creo!

Pero escribirte me ayuda mucho. Me siento un poco más valiente, con más fe en el porvenir, y quiero creer con todas mis fuerzas que pronto nos reuniremos, y que volveremos a nuestra casa, en Rusia. Si la partida de mañana no me rompe el corazón es porque pienso, creo, que los nuestros acabarán por ganar, mucho más rápido de lo que nos podemos imaginar. Que Dios te proteja y te traiga rápido a nuestro lado, mi amadísimo, mi querido Léonid.

P. S.: Daphné se ha repuesto completamente de la terrible gripe española. Nuestros niños están llenos de salud y alegría de vivir. Se unen a mí, a mamá y a los demás miembros de la familia y te abrazamos todos muy fuerte.

Dos muchachas estaban de pie ante la puerta-ventana y contemplaban en silencio el paisaje anegado de lluvia, el mar, la línea del horizonte, que se volvía imprecisa. Distinguían mal las terrazas, los cipreses, la gran escalinata que bajaba hasta la playa, y los seis leones de mármol blanco que la encuadraban. Sólo las palmeras en sus macetas, en primer plano, y una pelota infantil olvidada destacaban con toda precisión. Ningún sonido llegaba hasta el salón chino de la planta baja, donde ellas se encontraban. Como si los numerosos ocupantes de la gran mansión hubieran decidido misteriosamente callarse al mismo tiempo. Pero en el vestíbulo de gala estaban amontonados sus equipajes, testimonio del trajín que había tenido lugar allí a lo largo de todo el día.

Las dos jóvenes estaban juntas por última vez. Al día siguiente, una partiría quizá para siempre de Rusia; la otra huiría hacia el Cáucaso. Emocionadas por igual, intentaban permanecer calmadas, disimular su turbación, su pesar. Y eso las ponía rígidas, torpes, y cuando una, al retroceder, le dio un golpe a un libro, fue como un alivio. Casi al mismo tiempo resonaron gri-

tos y risas, ruidos de carreras fuera, en la grava. Se oyeron tres portazos procedentes de algún lugar de la planta baja, y voces agudas e infantiles se mezclaron con la reprimenda de otra voz, inglesa y femenina: «*Children, don't run, don't scream!*».

—A miss Lucy le va a costar mucho conseguir que se acuesten...

—Sin embargo, los había llevado a dar una larga caminata para cansarlos...

—Pero la perspectiva de viajar los excita...

A través de los niños, las dos jóvenes abordaban al fin el porqué de su encuentro, esa partida hacia el exilio evocada tan a menudo aquellas últimas semanas y que ahora, demasiado emocionadas, no osaban ni nombrar.

Bichette Lovsky era de estatura mediana, redonda, con el pelo rubio y espeso unido en una sola trenza que bajaba a lo largo de la espalda hasta la cintura y que le daba, con veinticinco años, un aire de colegiala.

Nathalie Belgorodsky, de veintidós años, era más alta y más delgada, con el cabello castaño corto. Desde la muerte de su marido Adichka, asesinado por unos soldados amotinados, el 15 de agosto de 1917, un sufrimiento difuso emborronaba su rostro y su mirada, antes alegre y enérgica.

—Nathalie, hoy querría decirte...

—No, no digas nada... Ya lo sé.

Había conocido a Bichette tres años antes, al casarse con Adichka Belgorodsky. Bichette, por su parte, acababa de contraer matrimonio con Nicolás Lovsky.

Adichka y Nicolás se conocían desde la infancia, y sus tierras, que ambos habían heredado tras la muerte de sus respectivos padres, estaban muy próximas. Entre las dos jóvenes parejas se establecieron unas relaciones de vecindad, frecuentes y agradables. En 1916, la vida en el campo, en aquella parte de la Rusia

central, parecía aún al abrigo de aquellos problemas y motines que ya desorganizaban las grandes ciudades. Sucedió todo lo contrario a partir de la primavera de 1917, hasta el asesinato de Adichka, el 15 de agosto. El día 13, una multitud invadió la propiedad de los Belgorodsky. Dirigida por agitadores ajenos a la región, aquella gente, hasta entonces pacífica, exigió el arresto y el juicio inmediato de los amos. Maltratados y encarcelados después, Nathalie y Adichka asistieron impotentes al desencadenamiento del odio y la violencia. Unos campesinos que siempre les habían sido fieles quisieron salvarlos. Para ello necesitaban armas y caballos, y fueron a pedir ayuda a Nicolás Lovsky. Pero éste juzgó la empresa demasiado arriesgada: «Nos cogerán a todos y nos matarán», dijo, como se recogió en un informe policial del cual tuvo noticia Nathalie un mes después. Al negarse a actuar, había creído sinceramente que protegía a su mujer, a sus amigos y a sus aliados campesinos. ¿Quién podía prever entonces que, unas horas más tarde, unos soldados amotinados, venidos de no se sabía dónde, asesinarían a Adichka? ¿Quién podría vaticinar el saqueo de otras grandes propiedades de la región, o el linchamiento de los terratenientes que no consiguieron huir a tiempo? Adichka Belgorodsky había sido el primero en morir, víctima inocente donde las había, de lo que la víspera, incrédulo, él mismo llamaba «la locura de los hombres».

Bichette lloraba junto a la chimenea, sin contenerse, sin decir una sola palabra, a la manera de una niña castigada injustamente. Nathalie, irritada, se volvió y entreabrió la puerta-ventana que daba a la terraza. Fuera, la lluvia había cesado y la bruma se disipaba lentamente. Pero el viento del nordeste y el cielo obstinadamente gris no hacían presagiar ninguna mejora. Hacía cuarenta y ocho horas que el tiempo era la principal preocupación. El embarque de la colonia rusa a bordo de los navíos de la flota inglesa requería una organización compleja que ha-

bría facilitado mucho una mar en calma. «¡Vamos hacia una auténtica tormenta!», pensaba Nathalie. Pero la indiferencia, ese sentimiento que ella conocía tan bien, puso fin a sus aprensiones. Poco le importaban a partir de entonces las dificultades del viaje, su destino y, en general, lo que fuera después de su vida.

A su espalda, Bichette seguía llorando. Nathalie se apartó de la puerta-ventana y se enfrentó a ella.

—Nicolás y tú no tenéis nada que reprocharos —dijo, con tono neutro—: para todos nosotros, para mí, para su familia, Adichka era invulnerable. Vosotros no tenéis ninguna culpa de su muerte.

Y para indicar que el tema estaba cerrado añadió:

—¿Tienes noticias de Nicolás?

—Nada desde hace diez días.

Nicolás, su marido, se había unido al ejército de voluntarios en el curso del año 1918. En la actualidad combatía a las órdenes del general Denikin en el Cáucaso, donde los bolcheviques se esforzaban por implantar su poder. En Ucrania, como en Crimea, la situación se había invertido, y los vencedores de ayer, perdiendo terreno, hombres y pertrechos, parecían encontrarse en una situación bastante mala.

Si Bichette se negaba a enfrentarse a la futura derrota del Ejército blanco, Nathalie la intuía. La muerte espantosa de Adichka había despertado en ella un instinto animal. Antes que los demás, presentía de dónde venía el peligro, percibía los inicios de las alianzas invertidas, las modificaciones más pequeñas en el comportamiento de una población hasta entonces bastante indiferente. Así fue como pronto la alertó la reagrupación de individuos armados, que desde hacía algunos días patrullaban por la ciudad, en las playas y los alrededores de las villas y las grandes propiedades. Por su nueva arrogancia y por los lemas revo-

lucionarios que se oían por aquí y por allá, había adivinado el avance de los rojos y su probable victoria.

—Ven con nosotros mañana —dijo bruscamente Nathalie.

Esa petición repentina la sorprendió a ella misma, tanto como a Bichette.

—Ven con nosotros —repitió, con firmeza—. Puedo entender tu deseo de ir al Cáucaso. Pero contrariamente a ti, no creo que éste permanezca mucho tiempo bajo el control del Ejército blanco. Allí también acabarán por ganar los rojos.

Bichette había dejado de llorar. Las lágrimas mojaban aún su rostro y la parte superior de su blusa. Lentamente, sacó un pañuelo de entre los pliegues de su falda y se secó las mejillas y la nariz. Sus ojos hinchados contemplaban a Nathalie, que esperaba, nerviosa de pronto, una respuesta a su proposición. En un cuarto del primer piso alguien había vuelto a montar el gramófono para poner el disco de la cantante Vialtzeva. Pero después de las primeras notas, la música se detuvo. «No son horas de melodías zíngaras», pensó Nathalie.

—Es curioso que seas tú quien me proponga eso —dijo al fin Bichette.

Y como Nathalie se apresuraba a reanudar su argumentación, ella la detuvo, con un gesto imperioso de la mano.

—Calla, Nathalie, calla. ¿Cómo quieres que me vaya, sabiendo que Nicolás está en pleno combate? ¿He de dejarlo atrás, cuando ni siquiera sé dónde está, y mi única oportunidad de encontrarlo es dirigirme hacia el Cáucaso? ¿Cómo te permites decirme que los bolcheviques ganarán?

Una brusca energía la animaba. Iba andando a un lado y a otro sin apartar los ojos de su amiga.

—Recuerda junio de 1917. Tenía miedo de los motines, de esa odiosa violencia que iba apoderándose de nuestros campos, quería ir a refugiarme a Petrogrado contigo, dejar a nuestros ma-

ridos que defendieran nuestras propiedades. Pero tú te negaste a abandonar a Adichka. Te quedaste con él hasta el final, e hiciste bien. Fuiste tú quien me enseñó cómo debía comportarme.

La precisión de aquel recuerdo común provocó en el rostro de Nathalie una crispación dolorosa que Bichette notó y que le hizo bajar el tono.

—Perdona que te recuerde las primeras palabras que pronunciaste tú misma, unas horas después de la muerte de Adichka, cuando Nicolás y yo intentábamos que tomaras un tren hacia Moscú. No decías nada, tenías la cara de piedra. Y de golpe, se te escapó algo que quedó grabado a fuego en mi memoria. Dijiste: «Nunca tendré un hijo de Adichka». Pues bien, yo quiero un hijo de Nicolás. Perdí un bebé de tres meses el verano pasado, por mi estúpida imprudencia... Pero sé que me quedaré embarazada otra vez. Lo sé porque lo deseo. Oh, Nathalie, ¿qué otra cosa podemos hacer, más que creer y esperar?

Le abrió los brazos y Nathalie se precipitó hacia ella. Las dos jóvenes permanecieron largo tiempo abrazadas, al borde de las lágrimas, al borde de la risa, repitiendo muchas veces:

—Sí, ¿qué otra cosa podemos hacer?

**E**n sus habitaciones del primer piso, Xénia Belgorodsky, con la nariz pegada al cristal, contemplaba el diluvio que se abatía sobre la propiedad y sobre el mar. Pero al contrario que su cuñada Nathalie, ella conocía de memoria aquel paisaje que había sido el de su infancia, y después el de su adolescencia, hasta su matrimonio con Micha Belgorodsky. Todos sus veranos habían transcurrido allí, en el palacio de Baïtovo, en Crimea. Si apreciaba la arquitectura excéntrica del palacio, medio moruna medio Tudor, amaba por encima de todo las terrazas y los jardines, la vegetación lujuriosa que expandía los perfumes más raros, la gran escalinata que descendía hasta la playa, los seis leones de mármol blanco que la enmarcaban, todos distintos, y de los cuales podía describir con los ojos cerrados la posición y la expresión. El silencio en la habitación contigua donde dormían sus hijos le procuraba un poco de bienestar. Antes de acostarlos había jugado con ellos, después había verificado el contenido de su pequeña maleta, sacando de aquí un animal de peluche, de allá un libro escolar, y volviendo a meterlos enseguida. Se había esforzado por parecer jovial y serena, lo que estaba muy

lejos de ser cierto. La partida del día siguiente, aunque muy deseada, comportaba muchísimos riesgos e imprevistos. ¿Llegarían algún día al objetivo de su viaje, a ese Londres mítico donde se encontraba ya una parte de su familia materna? ¿Y al cabo de cuánto tiempo? Las autoridades inglesas hablaban de hacerlos pasar por Constantinopla, y después por Malta...

Para distraer a sus hijos, ella había inventado el relato de una travesía a la vez aventurera y cómica, de unos marineros que serían compañeros de juegos, de escalas. Los niños, encantados, habían olvidado la tensión de los últimos días, el desorden ocasionado por la preparación rápida de los equipajes, las despedidas desgarradoras de sus animales domésticos, perros, gatos, conejitos y ponis, que una cuarentena draconiana prohibía llevar a bordo. Xénia pensaba sin cesar en sus dos cockers favoritos, compañeros de las horas más tristes, que había que dejar en Baïtovo. Para ella, el amor a los animales y a los niños era todo uno. Incluso había pensado en transgredir el reglamento haciendo subir clandestinamente a bordo a sus dos cockers... Puesta al corriente de este proyecto, su cuñada Olga se había indignado: los ingleses eran sus salvadores, había que respetar sus leyes. Olga tenía razón, siempre tenía razón, y Xénia fue sola a despedirse de sus cockers. En la perrera derramó torrentes de lágrimas, los estrechó entre sus brazos, les habló y lloró más aún a cada lengüetazo, a cada ladrido.

Cuando sus niños se fueron a dormir, Xénia no supo ya en qué ocuparse. Su baúl y el de Micha, su marido, estaban ya preparados, y ella había cosido en los dobladillos de sus vestidos las joyas que le quedaban, y había embalado con mil precauciones su colección de animalitos de porcelana, de la que se había negado a separarse.

Al cabo de una hora se serviría una cena en la galería grande donde su familia, desde hacía generaciones, solía comer. Una úl-

tima cena que reuniría a los ocupantes de la casa, amos y criados. Después llegaría la noche, la larga espera. Por aquel entonces Xénia ya tenía prisa por partir, por abandonar aquella propiedad que tanto amaba. Baïtovo, desde hacía dos años, había sido un lugar seguro, un oasis de paz en una Crimea hasta entonces respetada por la guerra civil. Baïtovo había albergado a su familia, la de sus amigos, a los amigos de paso y a aquellos que, no sabiendo adónde ir, se habían quedado allí. Pero el avance inexorable de los rojos exigía una evacuación inmediata, la huida, el exilio. Lo que sería después de Baïtovo, Xénia no quería ni imaginarlo. Aquel 10 de abril de 1919 sólo contaba una cosa: poner a sus hijos a salvo. Poco le importaba dónde ni en qué país; poco le importaba abandonar su casa, sus bienes. Una vez que sus hijos estuvieran fuera de peligro, ella tendría todas las fuerzas del mundo para empezar en otro lugar una nueva vida; para recrear, en torno a su familia, un poco de aquella Rusia que, como buena patriota, adoraba desde lo más profundo de su corazón.

La puerta-ventana mal cerrada se abría empujada por el viento. Un aire salobre se introdujo en la habitación. Fuera había parado de llover. Xénia salió entonces al balcón, ávida de respirar por última vez los olores y perfumes de su infancia, de tener un último contacto íntimo con su propiedad. Contempló el balanceo desordenado de las palmeras, el mar en la parte baja de la escalinata, sombrío, agitado, cuya fuerte brisa llegaba hasta ella. Después, la sombra de la montaña invadió la casa y las terrazas, y llegó la noche. Una noche fría y húmeda que no parecía en absoluto una noche de primavera. De repente, Xénia deseó volver con su marido, regresar al calor de sus brazos, a su risa. ¿Dónde estaría Micha?

Como de costumbre, él no le había confiado nada de sus idas y venidas: Micha actuaba a su aire, según le apetecía en cada mo-

mento, sin informar a nadie de dónde se encontraba ni de cuándo volvería. Pero su ternura y su alegría, el amor que le manifestaba cuando estaba presente, hacían que Xénia le acogiera siempre con ilusión. Consultó el pequeño reloj suizo que llevaba en la muñeca y concluyó que tal vez se encontrara en la herrería o en los establos. Para él también suponía un desgarrador abandonar Crimea y dejar tras de sí a sus perros y sus caballos.

Poniéndose el chal ante el espejo, notó un sobresalto de incompreensión. ¿Era ella aquella desconocida? Examinó largamente su rostro demacrado, sus ojos claros, rodeados de malva, en los que no reconocía aquella expresión inquieta, los largos cabellos color caoba recogidos a la buena de Dios, su descuidada vestimenta. ¿Cuánto tiempo hacía que duraba aquella dejadez? Habría sido incapaz de asegurarlo. Pero de pronto recordó algunas observaciones de su marido. Nada del otro mundo, nada por lo que enfadarse. No, simplemente, algunas alusiones a la fresca jovencita con la que se había casado seis años antes. Para entretenerse, sacó del bolso el cuaderno donde había adquirido la costumbre de anotar determinados hechos cotidianos. Una costumbre que se inició en otoño de 1917 y que rápidamente se convirtió en una necesidad.

«Que subsistan al menos algunos rastros de lo que estamos viviendo», pensaba, de manera vaga. Su modestia le impedía pensar que su diario, un día, podría interesar a sus hijos y a los hijos de sus hijos.

Olga Voronsky, sentada ante su secreter, cerró el último sobre de una correspondencia importante. El destino de aquellas cartas era de lo más aventurado, pero prefería apostar a que algunas de ellas llegarían a su destinatario. En el mejor de los casos tardarían semanas, o meses: en la Rusia de 1919, desgarrada por la guerra civil, el servicio de correos no existía casi en absoluto. Pero la víspera de aquella gran partida, Olga tenía la necesidad de escribir una vez más a sus allegados, parientes y amigos. No se trataba de decirles adiós, sino todo lo contrario. Olga insistía en afirmar hasta qué punto creía, en un plazo más o menos largo, en la derrota de los bolcheviques, en el regreso de las familias rusas que se disponían a partir al exilio. Que un mundo, el suyo, estuviese a punto de desaparecer en provecho de otro era algo que desgraciadamente no podía hacer otra cosa que constatar. Pero tenía la convicción de que aquello no duraría, de que el orden y la razón acabarían por imponerse. Entonces sería el momento de volver, de enterrar a los muertos y de reconstruir las propiedades. Según ella, la historia de Rusia, desde siempre, había ido en ese sentido.

La muerte de su hermano Igor, a raíz de los motines del mes de marzo de 1917 en Petrogrado, y después el asesinato de Adichka, su otro hermano, el mayor, el jefe de la familia, no hacían sino alimentar esa creencia. «No pueden haber muerto para nada», pensaba. Recordaba su compromiso patriótico, su voluntad de mejorar el nivel de vida de los campesinos y de los obreros; las opiniones liberales de Adichka, de las cuales siempre había desconfiado, y que siempre había intentado combatir, en vano. Adichka Belgorodsky creía en el advenimiento de una Rusia mejor, pacífica y democrática. Obró en ese sentido y fueron los mismos por los que había luchado los que le asesinaron. «Sí, que Igor y él no hayan muerto en vano», se repetía.

Valerosa y enérgica, Olga se negaba a dejarse llevar por el abatimiento y el dolor. Desde hacía dos años, cada día aportaba su cuota de malas noticias. Los muertos se unían a los muertos, se acababa un duelo para comenzar otro. Ella rogaba por la protección de los suyos, de parientes, amigos, pero sobre todo de Léonid, su esposo, y de Micha, el único hermano que le quedaba, el más joven, el más imprudente, y se preguntaba justamente dónde se encontraría entonces, qué estaría haciendo.

La oscuridad invadía la habitación. Olga encendió todas las lámparas. La llegada de la noche provocaba a menudo en ella una vaga aprensión, que disipaba mediante un exceso de actividad.

—¿Dónde está Micha? —dijo en voz alta, exasperada al ver que él escapaba siempre a su control, a la discreta vigilancia que intentaba ejercer sobre su hermano.

Temía que hubiese acudido a Yalta a unirse a algunos amigos nuevos, a los que ella ni siquiera conocía, y que le retenían a veces hasta tarde, por la noche. Se sabía ya entonces que la única ruta costera era poco segura, desde que se formaron bandadas armadas.

Para atajar su inquietud, Olga decidió acudir a la habitación de sus hijos, en el otro extremo del pasillo.

Ante la puerta entrevió una silueta oscura y encorvada. Era Maya, su madre, siempre de luto desde la muerte de sus dos hijos. Olga notó que se le encogía el corazón. Conocía la desesperación absoluta de su madre, los sollozos secos que la ahogaban cuando se creía a salvo de todas las miradas. Su valor, también. Su voluntad de no entristecer jamás la vida cotidiana de sus nietos. De ellos era de donde sacaba las fuerzas para vivir, día tras día, año tras año. Sin ellos, Olga estaba segura de que su madre se habría negado a seguirlos al exilio. Se habría quedado en Rusia, donde estaban enterrados su marido y sus dos hijos, indiferente a las incomodidades y al peligro. Pero afortunadamente estaban los hijos de Olga, de Igor y de Micha. En total, ocho pequeñas vidas ardientes que tenían prisa por crecer.

—Mamá —murmuró Olga.

La silueta oscura e inclinada se enderezó, procurando dar una imagen más agradable de sí misma. Pero Olga vio el rostro surcado por el dolor, los cabellos casi blancos, ahora. Tuvo deseos de tomarla entre sus brazos, de expresarle su amor, su infinito respeto. Pero hacer un alarde semejante de los sentimientos no estaba ni en su naturaleza ni en la de su madre. Las dos mujeres entraron silenciosamente en la habitación. Inmóviles en la oscuridad, oyeron, atentas, las cuatro respiraciones infantiles que salían más o menos regulares de las pequeñas camitas. Daphné, la mayor, tenía el sueño agitado y balbuceaba frases incomprensibles. Todo estaba tranquilo.

De nuevo en el pasillo, Olga creyó ver en el rostro de su madre cierto sosiego. Era inútil hacerle partícipe de sus temores respecto a la ausencia de Micha. «Estará aquí para cenar», se dijo. Desde la planta baja venían ruidos familiares. Eran los pocos criados que habían quedado al servicio de Xénia, que aca-

baban de poner la mesa. Al cabo de poco rato cerrarían los postigos interiores y correrían las cortinas dobles. Se trataba de no cambiar nada, de hacer creer que aquélla era una velada como las demás. «Y sin embargo, es un secreto a voces —pensaba Olga—. Nadie en la región ignora que nosotros también nos disponemos a partir.»

Sabía que a los numerosos simpatizantes bolcheviques se habían unido oportunistas de última hora, siempre del lado del más fuerte. Los primeros estaban animados por una necesidad feroz de revancha sobre aquellos a quienes llamaban con desprecio «los del antiguo régimen», y los otros los seguirían, harían lo que les dijeran. Ya imaginaba los saqueos, los asesinatos, las masacres que acompañarían a cada derrocamiento de poder. Los rojos estaban a las puertas; al día siguiente, al otro como muy tarde, serían los amos de Crimea. Era cuestión de horas. «Están ustedes bajo la protección de la flota inglesa», le habían dicho a la comunidad rusa, deseosa de huir. Pero ¿por cuánto tiempo?

**E**l final del día sorprendió a Micha Belgorodsky en la perrera. Los ocho perros pertenecían a la familia de su mujer, pero él los consideraba suyos y les tenía un intenso afecto. Abandonarlos era como un desgarró, como un dolor más. Un galgo ruso negro de cinco años era su preferido. Le recordaba al suyo, aquel al que llamaba «mi adorado», y que unos hombres que se habían vuelto locos acabaron por echar vivo al incendio de su propiedad.

Gracias a su naturaleza alegre y optimista, Micha conseguía apartar de sí las imágenes de un pasado terrible, del cual no había sido testigo directo. Para él era un principio de supervivencia. No olvidaría jamás lo que le habían contado de la muerte de su hermano mayor y de la destrucción de su finca. Pero había decidido no conocer los detalles, no leer, por ejemplo, el informe policial que relataba el martirio de su hermano y del que Nathalie, su esposa, y su madre habían tenido conocimiento tras la investigación, y cuyo contenido se callaban. Tenía más dificultades con sus recuerdos de la guerra que, hasta el tratado de Brest-Litovsk, en marzo de 1918, había opuesto Rusia a Alemania y a Austria. No conseguía olvidar el horror de aquella guerra vivida

cotidianamente durante cuatro años. Las imágenes de lo que él llamaba «la carnicería» le perseguían allá donde fuese y le despertaban por la noche. Revivía en sueños el infierno de las trincheras, los cuerpos muertos o atrocemente mutilados de sus compañeros, los súbitos motines durante los que los oficiales acababan despedazados por sus propios soldados.

Moscú y después la vida fácil de Crimea le habían servido de distracción, de escapatoria. Con una energía similar, se había ocupado del avituallamiento, de los pasaportes y de los salvoconductos; había organizado *picnics* en la playa, cazas de mariposas raras en las colinas, partidas de dados y de cartas en los garitos de Yalta, con compañeros de fortuna de los que no quería saber ni la nacionalidad ni las opiniones políticas...

Improvisar en cuarenta y ocho horas una partida hacia el exilio le había movilizado por completo. Estaba en todas partes a la vez, eficaz, ingenioso, con un buen humor inalterable. Ya era el jefe de la familia, había visto en menos de dos años cuadruplicarse sus responsabilidades, puesto que estimaba que debía proteger por igual a su madre, a su hermana y a su cuñada Nathalie. En total, cuatro adultos y ocho niños. «¡Es demasiado! ¡Es demasiado!», pensaba a veces Micha. No podía evitar reprochar a sus hermanos difuntos haberle abandonado a él, el menor, el benjamín, a la cabeza de una tribu semejante.

El galgo lanzó un débil gemido, como para distraerlo de sus pensamientos. Micha se arrodilló en el suelo y el perro se sentó frente a él. Ambos se miraban a los ojos con el mismo amor. La mirada del perro estaba impregnada de una especie de sabiduría meditativa.

—Hermano perro... —murmuró Micha.

El perro levantó una pata y la colocó delicadamente sobre su hombro. En Rusia, cuando dos personas se separan y se dicen adiós, se quedan un momento en silencio de manera que sus

pensamientos puedan unirse por última vez. Eso era lo que estaba pasando entonces entre Micha y su galgo favorito.

La campana que anunciaba la cena resonó tres veces. Micha cogió la pata del animal entre sus dedos y depositó en ella un beso. Pasó un minuto más antes de que se levantara y se alejara.

Pero después de cerrar la puerta alambrada de la perrera, se volvió. El galgo no se había movido, continuaba siguiéndole con su bella mirada, triste y meditabunda. Entonces Micha echó a correr en dirección al palacio. Ya no veía nada del jardín ni sus alamedas, ni siquiera la regadera olvidada, con la cual tropezó: la lluvia y sus propias lágrimas le cegaban.